

LA LEYENDA NEGRA DEL CONDE DE CHAMBORD Y EL LEGITIMISMO FRANCÉS

Por GALO GARCÉS ÁVALOS*.

En 1888 se publicaban en París —dos años tras su muerte— las *Memorias* del conde Alfred de Falloux, quien junto al Vizconde de Meaux destacó de entre los denominados «legitimistas moderados» en aquellos azarosos años que siguieron a la caída del Segundo Imperio Francés en el 1870 y a los efímeros vientos de Restauración que culminaron con la muerte sin descendencia del Conde de Chambord en el año 1883 y el establecimiento de la Tercera República Francesa.

En sus *Mémoires d'un royaliste*, el conde de Falloux señalaba lo siguiente respecto al espinoso tema del *drapeau blanc*, la bandera blanca con flores de lis de los Borbones que el último varón de la rama francesa de la augusta prosapia Borbónica puso como condición para aceptar la Corona de manos de la Asamblea Nacional

* Universidad de Lima.

Dedicado a mi madre, María del Carmen Ávalos Alarcón. El presente artículo no habría podido ser realizado sin el inestimable apoyo de Steven D. Kale (Washington State University) quien compartió con el autor su vasto conocimiento sobre el Legitimismo; Alan C. Grubb (Clemson University), autor de una interesante y completa biografía política de Albert de Broglie; Alexandra Wilhelmsen (Dallas University), especialista en la historia de los Movimientos Legitimistas en Europa Occidental; Miguel Ayuso Torres (Pontificia Universidad Comillas), quien revisó meticulosamente y efectuó interesantes comentarios al bosquejo inicial del presente artículo; Fernán Altuve-Febres Lores (Universidad de Lima), cuyos comentarios sobre el Legitimismo en Francia fueron de enorme ayuda al presente estudio; Eva Latorre Broto (Universidad Complutense), quien con mucha generosidad y estima consiguió para el autor las fuentes sobre el destino del patrimonio de Chambord; a Helena Rojas Torres (Pontificia Universidad Católica de Chile), cuyas referencias bibliográficas resultaron sumamente interesantes; y a John W. Barker (University of Wisconsin-Madison), en cuyos tomos biográficos sobre Wagner y Venecia, brinda interesantes referencias sobre Chambord y los Borbón-Parma.

—a la cual definía como el «único órgano legal de la nación»—, condición que finalmente no fue aceptada por los diputados electos, quienes defendían la bandera tricolor de la Revolución:

«El Conde de Chambord, de acuerdo a mi pensar, tenía tres caminos a su disposición. Si creía que la bandera blanca era indispensable a la Monarquía, y que no acarrearía prejuicio en Francia, pudo haberla asido en una de nuestras revoluciones, haber tomado temerariamente a Enrique IV como modelo, y haber afirmado sus derechos, como los comprendía, o morir por ellos. Si el Conde de Chambord no tenía enteramente fe en Francia ni en sí mismo, ¿Por qué rehusó aceptar el compromiso de las flores de lis y la bandera tricolor, y rehusó sellar la unión de dos símbolos, la reconciliación de dos grandes partidos que tan tristemente han dividido y debilitado a Francia? ¿Cómo podía continuar hablando como si tan sólo creyera en la magia de la bandera blanca, y mantenerse inactivo, si estaba convencido del invisible poder de la bandera tricolor?»¹.

Las palabras de Falloux, al igual que la de muchos otros «legitimistas promedio»² que ante la negativa de compromiso de Chambord expresaron su mayor frustración hacia la persona de Enrique V, mostraba claramente no la percepción de una realidad evidente en aquel entonces, sino la mayor falta de comprensión para con las ideas del adalid de aquel movimiento al que Falloux y otros tantos moderados habían apoyado en los caóticos días de fines de 1870.

Es común leer en las enciclopedias de historia y en libros sobre la materia el curioso hecho de que el Conde de Chambord rehusó la Corona de Francia a razón de que la bandera blanca, la cual prefería, no fue aceptada en detrimento de la bandera tricolor. Incluso, se llega a conceptualizar a la bandera blanca de Chambord y sus

1. Alfred DE FALLOUX, *Memoirs of the Count de Falloux*, Chapman and Hall, Londres, 1888, p. 470, el padre de Falloux había sido ennoblecido por Carlos X de Francia, y comenzó su carrera en el Legitimismo bajo los auspicios de Madame Swetchine —convertida al Catolicismo por Joseph de Maistre— aunque no contó con la entera confianza de los Legitimistas en tanto éstos veían con malos ojos sus intentos de reconciliar a los Orléans con el Conde de Chambord. Para el Legitimismo francés véase Robert R. LOCKE, *French Legitimists and the Politics of moral order in the Early Third Republic*, Princeton University Press, Princeton N. J., 1974 y Steven D. KALE, *Legitimism and the Reconstruction of French Society 1852-1883*, Louisiana State University Press, Baton Rouge y Londres, 1992.

2. Mediante el término «Legitimista promedio» o «Legitimista moderado» nos referimos a aquellos legitimistas que sin tener la formación eminentemente tradicionalista de los *chevaux-légers* ni el talante liberal de los orleanistas o republicanos moderados, defendían el rol de la Iglesia en el Estado, la descentralización, y los planes de reconstrucción social de la sociedad francesa, más a la muerte del conde de Chambord en 1883 terminaron pasándose a las filas del Orleanismo, y finalmente reconociendo el advenimiento de la III República. Falloux, si bien partidario de la Restauración Borbónica y miembro del Partido Legitimista, guardaba ciertas afinidades con el Liberalismo —aunque de una forma moderada— y fue uno de los primeros legitimistas en reconocer al conde de París como heredero de Chambord y del trono. Para mayores detalles véase Gérald GOBBI, *Le comte de Falloux: 1811-1886: entre église et monarchie*, Presses universitaires de Rennes, Rennes, 2011.

ancestros como un símbolo del *Ancien Régime*, para posteriormente definir al Legitimismo como un movimiento que a la sazón, buscaba el retorno del tan añorado Antiguo Régimen. Así pues, encontramos que se configura lo que podemos denominar como una *Leyenda Negra* acorde a la definición de la Real Academia Española³.

Es propósito del presente artículo rebatir dos argumentos que por largo tiempo han intentado en cierto grado ridiculizar el rechazo de Enrique de Artois al trono de Francia tras 1871, y asimismo presentar una descripción del pensamiento legitimista francés —eminentemente tradicionalista— frente a las tendencias absolutistas que se le imputan.

En el presente estudio citaremos tanto testimonios de la época como estudios modernos, los cuales nos ayudan a esclarecer un poco más el pensamiento de la controvertida figura que fue en su época el Conde de Chambord, así como la supervivencia de la Contrarrevolución en la Francia del siglo XIX.

Es importante destacar que el Legitimismo se presentó como una alternativa importante en los albores de 1871 como movimiento restaurador del orden y de los valores tradicionales y cristianos de la sociedad francesa, y consideramos necesario descartar la idea que tan sólo fue un movimiento *circunstancial*, así como la supuesta alianza con el Orleanismo, movimiento que resultaba no sólo incomprensible para un gran número de legitimistas, sino también una afrenta personal para el último descendiente varón de Carlos X de Francia.

Así pues, procederemos al análisis de los dos grandes argumentos que, desvirtuando tanto la actitud del Conde de Chambord en 1871 como el pensamiento del Legitimismo en su totalidad, los describiremos en los siguientes términos: (I) *El hombre que rehusó el trono por una bandera* y (II) *Legitimismo es Absolutismo*. En base a estas dos premisas, que constituyen lo que denominamos la *Leyenda Negra* del Conde de Chambord y del Legitimismo francés, comenzaremos con el presente artículo.

3. La RAE define el término *Leyenda Negra*, en su segunda acepción, como toda «opinión desfavorable y generalizada sobre alguien o algo, generalmente infundada». Un claro ejemplo de la difusión de lo que calificamos como la *Leyenda Negra* del Conde de Chambord lo encontramos en Jacques MARSEILLE, (Dir. Edit.), *Gran Historia Universal Larousse T. XIII: El Colonialismo Europeo*, Sociedad Comercial y Editorial Santiago Ltda., Santiago, 1999, p. 1656, donde en un apartado, bajo el título *Los sueños rotos del conde de Chambord*, se señala lo siguiente [la cursiva es nuestra]: «El conde de Chambord, nieto de Carlos X, apodado “el hijo del milagro” porque nació siete meses después del asesinato de su padre, el duque de Berry, se convirtió en heredero del trono en 1830. El conde de Chambord, a quien los legitimistas llamaban “Enrique V” confiaba en recuperar la corona a la caída del imperio, tanto más cuanto que legitimistas y orleanistas habían llegado a un acuerdo: el trono sería devuelto al conde de Chambord, pero su sucesor sería un príncipe de Orleans. Cuando los monárquicos ya se felicitaban por un régimen adecuado a sus deseos, Chambord se negó a aceptar la bandera tricolor y exigió el retorno a la bandera blanca. La obstinación de Enrique V, considerada incongruente por sus más fieles partidarios e intolerable por todos los franceses, le costó el trono y dio origen a la ley de los siete años de mandato presidencial».

1. *El hombre que rehusó el trono por una bandera: El Conde de Chambord y la situación política francesa de 1871-1883.*

El primer día de septiembre de 1870, en medio de la estrepitosa derrota de Sedan, caía definitivamente el Segundo Imperio Francés cediendo paso al II Reich Alemán, cuyo nacimiento tuvo lugar en la galería de los espejos en Versalles. Por su parte, en la bulliciosa y políticamente voluble ciudad de París, León Gambetta proclamaba el fin del Imperio y el inicio de un nuevo régimen republicano, mientras la emperatriz Eugenia, consorte del vencido Napoleón III, partía al exilio inglés⁴.

Tras las elecciones del 8 de febrero de 1871, los «Partidos de la Derecha» —como los describe el reconocido historiador Steven D. Kale—, con cuatrocientos diputados electos, obtuvieron el control de la nación. Los legitimistas, cuyos números oscilaban entre 194 y 211 diputados electos —entre legitimistas moderados y *chevaux-légers*—, se encontraron dentro de los partidos políticos que manejarían los asuntos de Estado en adelante, seguidos por los 214 diputados orleanistas y 122 republicanos moderados⁵.

Con tan amplia mayoría y un gran número de adeptos —sobre todo en las provincias, donde las provincias, donde la labor social legitimista era sumamente intensa— resulta curioso contemplar el colapso político del Legitimismo con el rechazo del Conde de Chambord por el asunto de la bandera blanca, como amargamente señalaba el conde de Falloux en sus memorias. Cabe remitirnos al pensamiento de Chambord sobre la eventualidad de una posible Segunda Restauración Borbónica en Francia:

4. Para mayores detalles de la Guerra Franco-Prusiana véase Geoffrey WAWRO, *The Franco-Prussian War: The German Conquest of France in 1870-1871*, Cambridge University Press, Cambridge, 2003. Para la caída del Segundo Imperio Francés, véase Roger PRICE, *The French Second Empire: An Anatomy of Political Power*, Cambridge University Press, Cambridge, 2004, pp. 403-468, en donde explica todo el proceso de declive del Segundo Imperio y su final tras la victoria de los prusianos.

Para León Gambetta (1838-1882) y su rol en la caída del Segundo Imperio y la proclamación de la III República Francesa, véase Pierre ANTONMATTEI, *Léon Gambetta: héraut de la République*, Michalon, París, 1999 y Susan K. FOLEY y Charles SOWERWINE, *A Political Romance: Léon Gambetta, Léonie Léon and the Making of the French Republic, 1872-82*, Palgrave Macmillan, Houndmills, Basingstoke, Hampshire; New York, 2012.

5. Steven D. KALE, *Legitimism and the Reconstruction of French Society 1852-1883*, Louisiana State University Press, Baton Rouge y Londres, 1992, p. 263. El estudio de Kale es sin duda uno de los mejores realizados sobre el Legitimismo, en el cual analiza fuentes de la época (panfletos, diarios, manifiestos políticos) y estudios modernos. Los *chevaux-légers* eran aquellos que apoyaban de forma directa y concreta la política y decisiones del Conde de Chambord, incluyendo su rechazo al trono por las razones que más adelante se explicarán. Los legitimistas moderados, entre los que se encontraban Falloux y Meaux, buscaban un consenso con los Orleanistas para que la «Segunda Restauración Borbónica» en Francia se diera mediante una coalición de todas las fuerzas de la Derecha. Entre 64 y 81 *chevaux-légers* componían el Partido Legitimista en 1871, junto a 130 moderados, de acuerdo a Jacques GOUAULT, *Comment la France est devenue républicaine, les élections générales et partielles à l'Assemblée nationale, 1870-1875*, A. Colin, París, 1954, anexo II, pp. 237-238.

«Yo no soy un candidato al trono, soy un principio de gobierno. Si Francia quiere el gobierno que yo represento y el cual es el único que puedo ofrecerle, estoy a su disposición y me agrada mucho poder tratar con la Asamblea de Versalles, que es el órgano legal de la nación. Pero si, por el contrario, tan sólo quieren una monarquía de momento para legalizar las corrientes revolucionarias y proveerles un dique temporal —que la siguiente generación ha de quebrar— es inútil convocarme... Sinceramente no puedo hacer un pacto con aquello que considero un error y la causa del desorden de Francia»⁶.

Encontramos entonces que Chambord pretendía que la sociedad francesa, aceptando voluntariamente la restauración monárquica que se concretizaría en su persona, repudiara de una vez el legado de la Revolución de 1789 en todo aspecto político, cultural y social, y abrazara de nuevo su otrora cristiana y tradicional identidad. Acérrimo enemigo del liberalismo y de la Revolución, Chambord consideraba que los años de desorden que habían ensombrecido la historia de Francia y que finalmente la habían llevado a la debacle de 1870 eran consecuencia de la anarquía heredada de la Revolución, con un principio del orden completamente destruido, y lo que el calificaba como la más grande aberración de su tiempo, un *Estado sin Dios*.

Para Chambord, el legado más terrible de la Revolución fue la ruptura entre la monarquía y la nación, ruptura que significó —de acuerdo a su pensamiento— la destrucción de los cimientos de la antigua grandeza de Francia, que la había caracterizado en los siglos pasados. Heredero de los Capetos, Enrique de Artois se consideraba el legítimo defensor del *derecho monárquico* y custodio del lazo de unión entre el rey y el pueblo, así como de la sagrada misión de mantener a la monarquía hereditaria y legítima como —en palabras de Steven D. Kale— «garantía» hasta que la nación, desengañada de los errores de la Revolución, tomara conciencia de la necesidad de retomar aquellos principios en los que Chambord se mantenía en pie⁷.

6. Duc de CASTRIES (René de La Croix), *Le grand refus du Comte de Chambord: La légitimité et les tentatives de restauration de 1830 à 1886*, Hachette, París, 1970, p. 199, citada por KALE, *op. cit.*, p. 290. El texto en cuestión es una carta de Chambord a Joseph de La Bouillierie, uno de sus partidarios más eminentes, que en el año 1873 sería Ministro de Agricultura y Comercio durante el régimen del Mariscal Mac-Mahon y el primer gabinete del duque Albert de Broglie. Para mayores referencias véase Alan GRUBB, *The Politics of Pessimism: Albert de Broglie and Conservative Politics in the Early Third Republic*, University of Delaware Press, Newark, 1996.

7. KALE, *Op. cit.*, p. 267. Véase también la versión en español del discurso del Conde de Chambord de fecha 05 de julio de 1871, titulado «El Manifiesto de la Bandera Blanca» en *La Ilustración Española y Americana*, año XV, n. 20, Madrid, 15 de julio de 1871, que señala sobre el derecho monárquico: «Al alejarme deseo deciros que no me separo de vosotros: la Francia sabe que le pertenezco. No puedo olvidar que el derecho monárquico es patrimonio de la nación, ni declinar los deberes que él me impone hacia ella. Estos deberes los llenaré, creed mi palabra de hombre honrado y de rey».

¿Y el Orleanismo? ¿Era posible una unión política con los orleanistas a efectos de restaurar la monarquía en Francia? Para los llamados *fusionistas*⁸, una rama de los legitimistas que buscaba la cohesión ideológica y dinástica entre los partidarios de Chambord y los partidarios de Felipe de Orléans, conde de París y nieto de Luis Felipe⁹, éste último era el heredero de Chambord en tanto que el conde carecía de descendencia con su mujer, la archiduquesa María Teresa de Austria-Este, princesa de Módena y Reggio y hermana de la Infanta María Beatriz de España, condesa de Motizón y madre del reclamante carlista Carlos VII¹⁰. ¿Pero de verdad tenía en

8. Los *fusionistas* son mencionados en la obra de Carlos MARX, *El 18 brumario de Luis Bonaparte*, Fundación Federico Engels, Madrid, 2005, pp. 84-85, en donde señala: «Los correos volaban de París a Venecia, de Venecia a Claremont, de Claremont a París. El conde de Chambord lanza un manifiesto en el que “con la ayuda de todos los miembros de su familia”, anuncia, no su restauración, sino la restauración “nacional”. El orleanista Salvandy se echa a los pies de Enrique V. En vano los jefes legitimistas Berryer, Benoist d’Azy, Saint-Priest, se van en peregrinación a Claremont, a convencer a los Orléans. Los fusionistas se dan cuenta demasiado tarde de que los intereses de ambas fracciones burguesas no pierden en exclusivismo ni ganan en transigencia por agudizarse bajo la forma de intereses de familia, de los intereses de dos casas reales. Aunque Enrique V reconociese al Conde de París como su sucesor (único éxito que, en el mejor de los casos, podía conseguir la fusión), la casa de Orléans no ganaba con ello ningún derecho que no le garantizase ya la falta de hijos de Enrique V y en cambio perdía todos los derechos que le había conquistado la revolución de julio. Renunciaba a sus derechos originarios, a todos los títulos que, en una lucha casi secular, había ido arrancando a la rama más antigua de los Borbones, cambiaba sus prerrogativas históricas, las prerrogativas de la monarquía moderna, por las prerrogativas de su árbol genealógico. Por tanto, la fusión no sería más que la abdicación voluntaria de la casa de Orléans, su resignación legitimista, la vuelta arrepentida de la Iglesia estatal protestante a la católica. Una retirada que, además, no la llevaría siquiera al trono que había perdido, sino a las gradas del trono en que había nacido».

El Palazzo Ca’ Vendramin en Venecia era propiedad del Conde de Chambord, heredado de su madre, la duquesa de Berry, y alquiló uno de sus espacios al célebre compositor Richard Wagner (1813-1883), quien trabó amistad con otro de los huéspedes del Palazzo, el sobrino favorito del conde, Enrique de Parma, conde de Bardi, y su segunda esposa Adelgunda de Portugal, tal y como atestigua John W. BARKER, *Wagner and Venice*, University of Rochester Press, Rochester NY, 2008, pp. 45, 47, 114.

Por otra parte, Claremont House en Surrey, Inglaterra, fue el refugio de Luis Felipe de Orléans y su familia tras la Revolución de 1848, cuando la reina Victoria les prestó la propiedad en tanto Luis Felipe y su mujer, María Amelia de las Dos Sicilias, eran suegros de Leopoldo I de Sajonia-Coburgo, rey de Bélgica y tío de la monarca británica. Además del alojamiento, el Gobierno Británico apoyó económicamente a Luis Felipe —a quien la reina Victoria apreciaba—, concediéndole una suma de £ 1,000 provenientes del Servicio Secreto con suma discreción, como señala Jasper RIDLEY, *Lord Palmerston*, Londres, E. P. Dutton, 1971, p. 335.

9. Luis Felipe Alberto de Orléans (1838-1894), hijo de Fernando Felipe de Orléans, príncipe real, duque de Orléans y heredero de Luis Felipe, y de la princesa alemana Helena de Mecklenburgo-Schwerin, recibió el título de «Conde de París» tras la abdicación y posterior exilio de su abuelo en 1848. Participó en la Guerra de Secesión (1861-1865) contra la Confederación, sobre la cual dejó interesantes memorias, y retomó actividad política en Francia tras la caída del Segundo Imperio en 1870. Para mayores detalles sobre su vida véase Marquis de FLERS, *Le Comte de Paris*, Librairie Académique Didier, París, 1888.

10. Sobre María Teresa de Austria-Este, archiduquesa de Austria, princesa de Módena y Reggio, duquesa de Burdeos y Condesa de Chambord, véase la descripción dada sobre su figura en Marvin L.

mente Chambord dejar como sucesor al trono de San Luis al pretendiente orleanista?¹¹ Resultaría bastante curioso que el nieto de Carlos X siquiera considerara al nieto del usurpador de 1830 como eventual heredero de la Casa de Francia. Para Chambord, si los Orléans aspiraban adentrarse en la Legitimidad —que no es lo mismo a declararlos sus herederos—, debían primero abandonar aquellas tendencias que de acuerdo a Chambord, constituían su exclusión de cualquier sucesión o compromiso político, como lo eran el individualismo, el escepticismo burgués y el liberalismo parlamentario que, añadiendo la falsa pretensión de «legitimidad dinástica» de la Monarquía de Julio, los mantenían vetados de cualquier sucesión o fusión política posible¹².

BROWN, *The Comte de Chambord: The Third Republic's Uncompromising King*, Duke University Press, Durham NC, 1967, p. 43: «En lugar de fijarse en una princesa alemana, los casamenteros reales se fijaron a continuación en la Casa de Lorena-Habsburgo-Este en Módena. Inevitablemente, mucha oposición se habría generado en París a cualquier matrimonio de una prominente familia real con un príncipe exiliado. Sin embargo, mientras gran preocupación se habría sentido en el Palais Royale si, por ejemplo, una princesa Rómanov hubiera intercambiado votos con Enrique, un matrimonio con la Casa de Módena difícilmente podría considerarse más que unir a la familia exiliada con una Casa que para todos efectos y propósitos ya reconocía a la rama mayor de la familia.

El Duque de Módena aparentemente esperaba que su hija mayor, María Teresa, iría al convento. Pero, pese a lo incasable que pudiese ser, la duquesa de Angulema y la emperatriz de Austria aparentemente habían decidido que debería casarse con el Conde de Chambord. La historia de que Metternich y Luis Felipe arreglaran éste enlace, pensando que la rumoreada esterilidad de María Teresa llevaría a su fin a la rama mayor de los Borbones, carece de fundamento, pero su posterior circulación ilustra adecuadamente el estado de ánimo surgido de la rivalidad dinástica».

Para María Beatriz de Austria-Este, Infanta de España y esposa del conde de Motizón, así como madre de D. Carlos VII y D. Alfonso Carlos I, véase Alexandra WILHELMSSEN, «María Beatrice di Austria-Este Savoia y la formación intelectual de su hijo mayor, el pretendiente Carlos VII» en *Aportes*, n. 36 (1998), pp. 69-86.

11. En el año 1873, una serie de entrevistas en el château de Frohsdorf, Austria —propiedad de Conde de Chambord—, acaecidas a inicios de enero y durante el verano, vendrían a poner fin a la pugna dinástica entre Enrique V y el conde de París y facilitar la Restauración, a la cual Rusia de mostró favorable con la visita del Gran Duque Constantino a ambos príncipes franceses. Incluso el Pontífice, interesado en el fin de dicha división, planeó que así como se llegaba a un «reconciliación» entre legitimistas y orleanistas, así también se podría llegar a una «reconciliación» entre carlistas y alfonsinos. Véase para mayores detalles Manuel ESPADAS BURGOS, *Alfonso XII y los Orígenes de la Restauración*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), Madrid, 1990, pp. 83-92.

12. KALE, *Op. cit.*, pp. 267-271, en donde señala que: «en tanto los liberales estaban comprometidos con la Revolución por convicción y cegados por una perspectiva materialista que les impedía ver las causas morales del perpetuo desorden, la Extrema Derecha acusó a los Orleanistas de preferir colocar la corona de la Revolución en la cabeza de un “César Jacobino” que renunciar a su compromiso a los principios de 1789». Véase también Guy AUGÉ, *Succession de France et règle de nationalité: le droit royal historique français contre l'orléanisme*, Diffusion: D.U.C., Paris, 1979. Para una historia sobre la Monarquía de Julio véase H. A. C. COLLINGHAM, y R. S. ALEXANDER, *The July Monarchy: A Political History of France, 1830-1848*, Longman, Londres y Nueva York, 1988.

Resulta difícil creer que el Conde de Chambord aceptaría, por los motivos ya explicados, a Felipe de Orléans como su eventual sucesor. En una carta escrita por el reclamante carlista Carlos VII a su tía, la Condesa de Chambord, dos meses tras la muerte de su marido, le expresaba lo siguiente respecto a los Orléans:

«Mi querida Tía Teresa: Hoy hace dos meses que Dios se nos llevó a mi inolvidable Tío. ¡Cuánto pienso en usted! A medida que pasa el tiempo admiro más y más la grandeza de alma que usted desplegó en aquellos tristes momentos, sobreponiéndose a su dolor para interpretar las voluntades de mi querido Tío, manteniendo con energía el derecho de mi Padre que, al renunciar a España, no renunció a Francia ni a ninguno de los derechos de primogenitura, que ahora han recaído en él. El pequeño, pero escogido, grupo de franceses que se mantiene fiel a la bandera blanca y al derecho sálico guarda a usted tan profunda gratitud como yo, por la entereza con que se opuso a las pretensiones de los Orléans que, al fin y al cabo, no son, ni han sido nunca, otra cosa que los representantes de la Revolución. Bien demostraron su perfidia tratando de convertir el perdón cristiano que tan generosamente les otorgó el Tío Enrique, en un reconocimiento de derechos que ni jamás existieron, ni él, por consiguiente, reconoció al concederles el puesto que les corresponde en la familia, es decir, el último»¹³.

Queda claro que el pretendiente orleanista no era una opción ni para el Conde de Chambord ni para sus fieles *chevaux-légers*, quienes hasta el final se mantuvieron leales a la bandera blanca que Enrique V defendió hasta su último respiro, y por cuyo rechazo se negó a recibir de manos de la Asamblea Nacional un trono que legítimamente le correspondía, y que no estaba dispuesto a aceptar bajo condiciones que no harían más que menguar la autoridad del futuro monarca restaurado frente a los diputados y a la nación en general.

Por otra parte, Chambord consideraba que la República era la peor calamidad que podría ocurrirle a Francia, en medio de la destrucción que el llamado «Estatismo Jacobino» traería consigo al absorber la vida social completamente en el Estado, oficializando además el ateísmo que terminaría minando la labor de la Iglesia Católica de dotar a la civilización —a través de sus enseñanzas— de la habilidad de protegerse del irremediable desastre que portaba la Revolución¹⁴. Chambord no distinguía entre republicanos radicales y moderados, como señaló en el 1872:

13. Véase Melchor FERRER, *Escritos Políticos de Carlos VII*, Editora Nacional, Madrid, 1957, p. 117.

14. Véase KALE, *Op. cit.*, p. 271, quien comparte una cita del marqués de Dreux-Brézé, que decía: «Si... la Revolución es, en esencia, destructora de todos los principios del orden social, debe luchar contra estos dondequiera que los encuentre. Y, como éstos principios son abarcados por la Iglesia Católica, es la iglesia, su inspiradora y guardiana, la que deben atacar primero, y la aniquilación de la iglesia será su objetivo final».

«Sólo en vano puede uno tratar de establecer una distinción entre éste partido de violencia que promete la paz a los hombres declarando la guerra a Dios y éste partido más prudente y mejor disciplinado que llega a sus objetivos por medios indirectos - más, a los mismos objetivos. Se diferencian en su lenguaje, pero persiguen la misma quimera. No reclutan los mismos soldados, pero marchan bajo el mismo estandarte: Sólo pueden hacer que caiga sobre nosotros la misma desgracia»¹⁵.

En cuanto a los Bonapartistas, Chambord señalaba que si bien el Imperio se había enfrentado al Socialismo y la amenaza que éste significaba, amparándose en la fuerza y en el despotismo estatal sólo preparaba el camino para la anarquía republicana que le dio origen. Sobre Napoleón III, en cierta ocasión Chambord había llegado a manifestar que basaba su reinado en el miedo para poder así hacerse necesario, enfatizando dicha premisa con las siguientes palabras:

«De cuando en cuando suscita al espectro Rojo, y los burgueses, doblegados por el miedo, se lanzan a sus brazos; por la misma razón, adula al pueblo para así dominarlo mejor. Sigue a la letra la política Cesarista de debilitar al pueblo para así subyugarlo –una política pagana y retrógrada que ahora es aumentada con maniobras revolucionarias que con seguridad al final han de corromper, desunir, y echar a perder a la nación»¹⁶.

Así pues, con los Orléans y sus partidarios defensores del liberalismo y de la Revolución, los republicanos y el Estatismo Jacobino que propugnaban, y los Bonapartistas y el reinado del miedo sobre el cual sostenían su régimen, Chambord no encontraba punto alguno de conciliación que le permitiera llegar a algún acuerdo con facciones cuyo pensamiento difería vastamente del propio. Enemigo jurado de la Revolución y del liberalismo, así como de cualquier régimen amparado en el miedo, la fuerza y la violencia, Enrique de Artois aspiraba a la reconversión de Francia a los principios cristianos y tradicionales que la habían llevado a su grandeza en tiempos pasados.

Entonces, tras explicar brevemente el escenario político, retomamos la pregunta ¿Enrique de Artois rechazó la Corona de Francia por una bandera? A lo cual respondemos negativamente. Chambord rechazó la Corona que le ofrecía la Asamblea Nacional no por la negativa de los diputados republicanos de aceptar la bandera blanca en detrimento de la tricolor, sino por el rechazo a los principios que el Conde defendía y que se veían materializados en la bandera blanca de sus antepasados. El rechazo del Conde de Chambord no se dio por una mera formalidad en un símbolo patrio como es la bandera de la nación, sino por una cuestión de principios.

15. Jean Clément Léonce DUBOSC DE PESQUIDOUX, *Le comte de Chambord d'après lui-même: étude politique et historique*, Librairie Victor Palmé, Bruselas-Ginebra, 1887, p. 299.

16. DUBOSC DE PESQUIDOUX, *Op. cit.*, p. 59.

Se esclarece el pensamiento de Chambord respecto a este punto en la carta dirigida el 8 de mayo de 1871 a Joseph de Carayon Latour (1824-1886)¹⁷, uno de los más prominentes *chevaux-légers* y representante legitimista en la Asamblea Nacional:

«Debemos aprender a reconocer que el abandono de los principios es la verdadera causa de nuestros desastres. Una Nación Cristiana no puede arrancar páginas de su larga historia con impunidad, romper la cadena de sus tradiciones, inscribir la negación de los derechos de Dios en el preámbulo de su constitución, desterrar toda idea religiosa de sus leyes y su educación pública... Bajo tales condiciones, nunca podrá poner un alto al desorden; oscilará indefinidamente entre el Cesarismo y la anarquía, ambas formas igualmente vergonzosas de decadencia pagana, y nunca escapará de la suerte de los pueblos infieles a su misión»¹⁸.

Chambord jamás podría aceptar, dadas sus fuertes convicciones morales, religiosas y políticas, la bandera tricolor y lo que ésta significaba. Para él, la bandera blanca con flores de lis del Reino de Francia significaba más que un símbolo patrio. Enrique de Artois veía en la bandera blanca la encarnación de todos aquellos valores cuya recuperación era necesaria para la reconstrucción de una sociedad destazada por la Revolución y para la recristianización de la nación.

Para determinar finalmente el *affaire* de la bandera blanca, y lo que ésta significaba, nos remitimos al conocido *Manifiesto de la Bandera Blanca* del Conde de Chambord, que hoy en día luce en el ya nacionalizado Château de Chambord¹⁹

17. El barón Philippe Marie Joseph de Carayon La Tour, militar y político nacido en Burdeos el 10 de abril de 1824, de una familia noble proveniente del Tarn, fue miembro de la Asamblea Nacional de 1871 representando a la Gironda, de donde era líder legitimista junto al marqués Amedée de Lur Saluces. Falleció sin descendencia en el año 1886. Para mayores detalles véase J.-M. MAYEUR y A. CORBIN (Dir.), *Les Immortels du Sénat 1875-1918: Les cent seize inamovibles de la Troisième République*, Publications de la Sorbonne, París, 1995, pp. 248-251.

18. CASTRIES, *Op. cit.*, pp. 137-138, citado en KALE, *Op. cit.*, p. 270.

19. En el año 1932, tras un engorroso proceso judicial de requisa en virtud de lo estipulado en el Tratado de St. Germain-en-Laye, el Gobierno Francés expropió el château de Chambord al príncipe Elías de Borbón (1880-1959), quien había luchado bajo armas austríacas en la Gran Guerra. Don Elías había heredado el castillo de manos de su padre, el duque Roberto de Parma (1848-1907), quien a su vez lo heredó de su tío Chambord, hermano de su madre, la princesa Luisa María de Artois, y quien fue su guardián tras el fallecimiento de ésta última en 1864. El vasto patrimonio de los condes de Chambord lo heredaron sus sobrinos Roberto y Enrique de Parma, a quienes criaron. Posteriormente, el château de Chambord lo heredaría D. Elías en calidad de mayorazgo, siendo el vástago mayor y en pleno ejercicio de sus facultades —sus hermanos mayores de padre y madre, salvo la princesa de Bulgaria y la condesa Luchessi-Palli, eran discapacitados mentales—, aunque dicha repartición del inmenso patrimonio del duque de Parma le ocasionaría problemas con sus hermanos menores, los príncipes de Parma y Braganza. Para mayores detalles véase M. LOCHE, *Chambord et la nationalité des princes de Bourbon-Parme*, Jouve et Cie, Éditeurs, París, 1925 y Juan BALANSÓ, *La familia rival: La historia silenciada de los Borbones que reinaron en Parma y disputaron el trono a Juan Carlos de España*, Planeta, Barcelona, 1994, pp. 131-158.

en una placa conmemorativa, y que ha pasado a la historia sin ser adecuadamente interpretado, al igual que la negativa del último Borbón francés de aceptar una Corona bajo las condiciones de los diputados liberales de la Asamblea Nacional, enemigos de cualquier proyecto político cuya iniciativa proviniera del Partido Legitimista:

«Dios mediante, fundaremos juntos y cuando lo querrais así, sobre las anchas bases de la descentralización administrativa, un gobierno conforme a las necesidades del país.

Daremos por garantías á estas libertades públicas, á las cuales tiene derecho todo pueblo cristiano, el sufragio universal honradamente practicado, y la intervención de las dos Cámaras; y continuaremos, restituyéndole su verdadero carácter, el movimiento nacional de fines del siglo último.

Una minoría, sublevada contra los votos del país, hizo de aquel movimiento el punto de partida de un periodo de desmoralización por la mentira, y de desorganización por la violencia. Sus criminales atentados han impuesto la revolución á la nación que sólo pedía reformas, y la han empujado hácia el abismo, donde habría perecido ayer, sin el heroico esfuerzo de nuestro ejército»²⁰.

En su *Manifiesto* el Conde de Chambord ensalza los proyectos gubernativos del Partido Legitimista, los cuales ve materializados en la bandera blanca de sus ancestros. Para Chambord, el rechazo de la bandera blanca infería el rechazo a aquellos principios y proyectos políticos mediante los cuales el Legitimismo pretendía reconstruir a la sociedad francesa tras la debacle y podredumbre moral surgida de la nefasta Revolución, de la cual Chambord se mostraba acérrimo adversario.

El rechazo de la bandera blanca significó para Chambord el rechazo de sus ideas y principios con los cuales aspiraba a purgar Francia de cualquier legado revolucionario y liberal y devolverle la grandeza de otros tiempos, en donde el orden y el Cristianismo habían jugado rol fundamental para su desarrollo.

¿Fue acertado el que Chambord se empeñara en defender la bandera blanca frente a la tricolor? Pues tendríamos que entender, primero que nada, que el Conde de Chambord no era un hombre político sino un hombre consciente de la legitimidad no sólo de su reclamo al trono de San Luis, sino de las ideas que él y sus adeptos preconizaban. Para Chambord, la aceptación de la bandera blanca no constituía una mera formalidad, sino su compromiso con los principios de los cuales era custodio, los cuales no estaba dispuesto a abandonar frente a la proposición de la Asamblea Nacional.

20. *La Ilustración Española y Americana*, año XV, n. 20, Madrid, 15 de julio de 1871.

«¡Franceses! Enrique V no puede abandonar la bandera blanca de Enrique IV». Con aquella frase culminaba Enrique de Artois, duque de Burdeos y conde de Chambord, su famoso *Manifiesto de la Bandera Blanca*. Posteriormente, los más moderados de entre los legitimistas, como Alfred de Falloux y Camille de Meaux, criticaron duramente la decisión de Enrique V y su negativa de negociar una alianza en concreto con los orleanistas y la Derecha. Atribuyeron como sustento a la decisión de Chambord el hecho que no le interesaba llegar a ser rey algún día, dado que estaba acostumbrado a la palaciega etiqueta en la cual vivía en su castillo de Frohsdorf, en Austria, o a que —de acuerdo a Meaux— al carecer de descendencia y no estar interesado en sus parientes, simplemente no le interesaba el porvenir de Francia tras su muerte²¹. No podemos señalar sin más que aquellas críticas por parte de hombres que habían jurado lealtad al legítimo heredero de la Casa de Francia, nos permiten vislumbrar la ambición de éstos por llegar al poder muy por encima de los principios que defendía el Legitimismo al que se adhirieron²².

Con la caída del gobierno de Adolphe Thiers en 1873, la Asamblea Nacional, bajo la instigación del duque Albert de Broglie, reconocido orleanista, apoyó la instauración del llamado *Septenato* con el legitimista Mariscal de Mac-Mahon a la cabeza, esperando que con la muerte de Enrique V, el Conde de París asumiría el trono y restauraría una «monarquía moderada» tal y como Broglie y sus pares orleanistas anhelaban²³. Como bien supo vislumbrar Chambord, el verdadero enemigo dentro de la Asamblea Nacional, muy por encima de los republicanos, había sido Albert de Broglie:

«El duque es mi enemigo personal; es para mí una calamidad. Con su activa, ardiente, infatigable malevolencia, ha alejado de mí la buena disposición de su partido en los intereses de los príncipes Orléans y sus propias ideas constitucionalistas; ha prevenido hasta el momento mi retorno al trono; finalmente, ha dividido a los monárquicos. Ha heredado esta gran animosidad contra mi familia de su padre. Si hubiera deseado el compromiso de los dos partidos monárquicos, pronto hubiera sido logrado; desafortunadamente, estoy convencido de que es opuesto a dicho acercamiento. Su meta se-

21. KALE, *Op. cit.*, pp. 265-266, señala que Meaux en sus *Souvenirs Politiques* atribuía la negativa del Conde de Chambord a su «cobardía moral», pensamiento compartido por quienes Kale define como «legitimistas liberales».

22. Para el Legitimismo tras la muerte de Chambord, uno de los artículos más completos sobre el tema resulta el de Martin SIMPSON, «The Death of Henri V: Legitimists without the Bourbons», en *French History*, vol. 15, n. 4 (2001), pp. 378-399.

23. En efecto, antes de la votación del Septenato de Mac-Mahon, el Conde de Chambord se presentó de incógnito ante la Asamblea Nacional en Versalles, cuyos miembros ya se encontraban bajo la nefasta influencia de Albert de Broglie, quien recomendaba esperar a la muerte de Enrique V para que el mucho más democrático y liberal Felipe de Orléans asumiera la Corona de Francia. Para mayores detalles véase Daniel HÁLEVY, *La République des Ducs*, Grasset, París, 1937, p. 90. Como acertadamente señala GRUBB, *Op. cit.*, p. 172, el duque de Broglie pretendió usar la popularidad del Mariscal de Mac-Mahon para salvar la causa de los conservadores.

creta, pues así me dice la gente, es llevar al Duque de Aumale a la Presidencia de la República. Es muy probable»²⁴.

Durante la crisis del *16 de mayo* de 1887, en medio de conspiraciones e intentos de golpe de Estado para restaurar el orden, tanto Mac-Mahon como el general Auguste-Alexandre Ducrot, partidario de Chambord, se mantuvieron al margen de los mismos. En 1879 Ducrot, quien había ofrecido a Chambord un golpe de Estado ese mismo año a efectos de restaurarlo en el trono mediante la vía miliar, era relevado de su cargo y fallecería en 1882, poco antes que Chambord²⁵.

Para 1883, no quedaban más que sueños rotos de Restauración. La muerte de Enrique V, quien jamás renunció ni al trono ni a la bandera de sus ancestros, significó la debacle del movimiento legitimista y de la esperanza de la vuelta de la Monarquía Borbónica a Francia. Asimismo, los planes del duque de Broglie —frustrados ante la realidad que Chambord superó en vida al Septenato— fracasaron finalmente y con la muerte del Conde de París en 1894, los orleanistas perdieron al candidato que los lideró desde la caída de la Monarquía de Julio en 1848.

Así pues, a modo de conclusión sobre el presente punto, es dable enfatizar que no fue el Chambord quien renunció a cualquier posibilidad de restauración monárquica en Francia ni mucho menos a sus legítimos derechos sobre el trono, sino que fueron los diputados, incitados por Broglie, quienes renunciaron a restaurar la monarquía tradicional que les ofrecía a efectos de que, tras su muerte, el pretendiente Orléans le sucedería y, finalmente, una República que no tardó en abandonar la moderación inicial por el radicalismo.

24. GRUBB, *Op. cit.*, p. 181. En efecto Broglie, en tanto por sus ideas del «Orden Moral» y el conservadurismo del que hizo gala durante toda su carrera política, consideraba que el pretendiente Orléans era el más indicado para asumir el trono de Francia dadas sus tendencias políticas mucho más flexibles, instaurando así una monarquía moderada en lugar de la legítima monarquía tradicional. Así pues, trató de colocar —fallidamente— en la Presidencia de la República a Enrique de Orléans, duque de Aumale, hijo de Luis Felipe y heredero de la fortuna de los Borbón-Condé, cuyo padrino fue el último representante de dicha rama.

25. Auguste-Alexandre Ducrot (1817-1882), comandó la Primera División del Ejército de Francia en Sedán, y era considerado uno de los generales más hábiles del Imperio y de la III República. En 1871 fue diputado por Nièvre ante la Asamblea Nacional. Para mayores detalles sobre su carrera durante la Guerra Franco-Prusiana, véase WAWRO, *Op. cit.*, p. 73 y ss.

Para las conspiraciones durante el Septenato y los intentos de Ducrot, véase Jean-Charles JAUFFRET, «The army and the *appel au soldat*, 1874-89», en Robert TOMBS (Edit.), *Nationhood and Nationalism in France: From Boulangism to the Great War, 1889-1918*, Routledge, Londres, 1991, pp. 239-244, en donde señala que la mayoría de oficiales del ejército apoyaban a la República; Alexandre ZÉVAËS, *Histoire de la IIIe République*, Éditions de La Nouvelle revue critique, París, 1946, p. 132, y Vicomte de CHALVET-NASTRAC, *Les projets de restauration monarchique et le général Ducrot député et commandant du 8e corps d'armée, d'après ses mémoires et sa correspondance*, Alphonse Picard et Fils, París, 1909, que es sin dudas la mejor fuente sobre las intenciones de Ducrot.

2. *Legitimismo es Absolutismo: Breves matices e ideas concretas acerca del Partido Legitimista en el siglo XIX.*

En el año 1861, en Caen, se desató un pleito jurídico provocado por un oficial de gobierno, de nombre Besnard, quien acusó al marqués de Brécey, candidato legitimista en la región, de querer restablecer el *derecho de pernada* en la región. En una taberna, Besnard inquirió a los presentes con preguntas cómo «¿Estaríais feliz si tuvierais que entregarle a vuestra hija?», y tras proferir insultos contra la persona de Brécey, no dudó en advertir a los presentes que éste se *saldría con la suya* con las mujeres de éstos²⁶.

A través de su historia, el Legitimismo hubo de sufrir este tipo de atropellos no sólo por parte de sus adversarios políticos, quienes, como Emile Zola en 1880, catalogaron a los monárquicos del siglo XIX como «una generación perdida», sino también por parte de los gobiernos de turno que veían en el plan político legitimista un peligro a sus propios intereses. Sin embargo, entre los planes del Legitimismo no se encontraba el retorno a una situación idéntica a la anterior a 1789, es decir, al *Ancien Régime*, sino devolverle a Francia los principios tradicionales y católicos que habían constituido otrora la grandeza de su gente, así como enfrentarse al centralismo jacobino y a la industrialización apabullante.

También cabe señalar que el Legitimismo poseía contradicciones dentro de sus propias filas, como es el caso de políticos como Falloux, Meaux y Benoist d’Azy, mucho más moderados en términos políticos —así como dispuestos a cualquier acuerdo con otras facciones a cambio de conseguir la Restauración— y otros políticos leales a los principios e ideas del Conde de Chambord, como Maurice d’Andigné, Guillaume Véran y Joseph de Bourg, bajo cuyos auspicios se constituiría la facción de los *Blancs d’Espagne*²⁷, quienes mediante el *Journal de Paris* preservaron la propaganda legitimista y el pensamiento político del último Borbón²⁸. Finalmente, encontramos a lo que Steven Kale define como los legitimistas «social-católicos», entre los que destaca el conde Albert de Mun, notable político y activista católico que en vida de Chambord apoyó decididamente al Legitimismo, para luego convertirse en un *rallié* al Orleanismo y, tras desilusionarse del pensamiento —si cabe de-

26. KALE, *Op. cit.*, p. 3, de igual forma en las elecciones locales de 1869, la prefectura de Maine-et-Loire, siguiendo indudablemente instrucciones del gobierno, distribuyó propaganda de que si el candidato legitimista Alfred de Falloux era elegido, entonces la Inquisición y el *Derecho de Primogenitura* volverían a región. Para el derecho de pernada (*Droit du Seigneur* o *Droit du Cuissage*) véase Alain BOREAU, *The Lord’s First Night: The Myth of the Droit de Cuissage*, University of Chicago Press, Chicago, 1998.

27. Guy AUGÉ, □ *Les Blancs d’Espagne: Contribution à l’étude d’une composante du royalisme français contemporain*, Association des Amis de Guy Augé, París, 1994.

28. KALE, *Op. cit.*, p. 324.

finirlo como tal— del liberal Conde de París, terminó intentando crear un partido político que defendiera al Catolicismo en la sociedad francesa, proyecto que terminó en un fracaso total y rotundo²⁹.

Entonces, llegamos a la pregunta clave: ¿Cuáles eran las ideas políticas del Legitimismo en concreto? Comenzaremos primero con la defensa del Cristianismo Católico frente a la secularización promovida por los gobiernos que sucedieron a la Revolución de 1830³⁰. Para el Legitimismo, la Iglesia Católica, en tanto portadora de valores y de civilización, era sin dudas aquella institución que el Liberalismo secularizador buscaba aislar del contacto social para esparcir las semillas heredadas de la Revolución, tal y como señala Monseñor Louis de Ségur en su conocida obra *La Revolución*:

«Tres grados hay en la Revolución:

1.º La destruccion de la Iglesia, como autoridad y sociedad religiosa, protectora de las demas autoridades y sociedades; en este grado, que nos interesa directamente, la Revolucion es la negacion de la Iglesia erigida en principio y formulada en derecho; la separación de la Iglesia y del Estado, con el fin de dejar á este descubierto y quitarle su apoyo fundamental;

2.º La destruccion de los tronos y de la legítima autoridad política, consecuencia inevitable de la destruccion de la autoridad católica. Esta destruccion es la última expresion del principio revolucionario de la moderna democracia, y de lo que se llama hoy dia la *soberanía del pueblo*;

3.º La destruccion de la sociedad, es decir, de la organizacion que recibió de Dios: de otro modo; la destruccion de los derechos de la familia y de la propiedad en provecho de una *Abstracción*, que los doctores revolucionarios llaman el *Estado*. Es, por último, el socialismo, fin principal de la Revolucion perfecta, rebelion postrema, destruccion del último derecho. En este grado, la Revolucion es, ó mas bien seria, la destruccion completa del órden divino en la tierra, y el reinado perfecto del demonio en el mundo»³¹.

29. Para Mun y su obra, véase Benjamin F. MARTIN, *Count Albert de Mun: Palladin of the Third Republic*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1978.

30. Cabe recordar que durante el episcopado de Monseñor de Quélen (1821-1839), el Palacio Arzobispal de París fue saqueado y las relaciones entre Luis Felipe y el Arzobispo resultaron tirantes en un inicio; el sucesor de Quélen, Denis-Auguste Affre (1840-1848), murió durante la revolución de 1848, mientras trataba de negociar un acuerdo con los insurgentes; el sucesor de Affre, Marie-Dominique-Auguste Sibour (1848-1857) fue asesinado por un clérigo opositor al celibato y a la doctrina de la Inmaculada Concepción; finalmente, Georges Darboy (1863-1871), fue uno de los rehenes ejecutados durante la caída de la Comuna de París. Resulta sorprendente ver la violencia con la que tres arzobispos de París encontraron su final en un lapso de aproximadamente veinticuatro años (1848-1871).

31. Monseñor SÉGUR, traducido al castellano por P. Marqués de La Romana, *La Revolución*, Cuarta Edición, Imprenta de R. Labajos, Madrid, 1867, pp. 11-12. Louis-Gaston Adrien, conde de Ségur

Encontramos también la figura de los *patrons sociaux* como Benoist d'Azy, cuya actividad industrial lo ubicaba entre los más pudientes legitimistas, y que había incentivado la caridad desde sus fábricas para con sus trabajadores, dando ejemplo de solidaridad y condiciones laborales justas para con ellos, o también la obra social de Maurice Maignen, miembro de la Congregación de Hermanos de San Vicente de Paul, Albert de Mun, René de La Tour du Pin y Armand de Melun, quienes guardaban grandes ambiciones para *l'Union des Oeuvres des cercles catholiques d'ouvriers* [Sociedad de Círculos de Trabajadores Católicos], en donde el obrero podía encontrar una «Familia Cristiana» y recibir una formación netamente católica y tradicional, en lugar de caer en los vicios de las ciudades.

Otro aspecto interesante del Legitimismo son las ideas descentralizadoras que propugnaba. Los rivales políticos de los legitimistas argumentaban que era contradictorio que los partidarios del último Borbón francés hablaran de descentralización teniendo en cuenta la política centralizadora de Luis XIV y sus sucesores, a lo que los legitimistas respondían que desde Enrique IV, los reyes de Francia se habían visto obligados a adoptar dicha política frente a la constante belicosidad de los señores protestantes³².

Mediante la descentralización, el Legitimismo no sólo buscaba un desarrollo equitativo en la nación, sino también buscaba reforzar la autonomía de las regiones que proveían la mayor cantidad de electores y donde la autoridad y prestigio de los diputados legitimistas era considerable. De la misma forma, los legitimistas consideraban que la industrialización debía darse de una forma moderada y guardaban ciertas reservas respecto al capitalismo industrial, puesto que creaba condiciones que las instituciones tradicionales difícilmente podían contener, haciendo vulnerable al proletariado frente al Socialismo, y destruyendo la unidad familiar en la sociedad en medio de ciudades con alta densidad demográfica, largas jornadas de trabajo, desempleo, entre otros factores negativos contra los cuales el Legitimismo trataba de combatir³³.

Teniendo en cuenta ello, es dable señalar que la actividad social cristiana del Legitimismo y sus puntos de vista respecto al capitalismo y la industrialización ex-

(1820-1881), fue hijo de Henry-Raymond-Eugène, conde de Ségur, y de su esposa Sofía Rostopchine, hija de Fiódor Rostopchín, el gobernador de Moscú acusado de incendiar la ciudad tras la entrada de Napoleón en 1812. Monseñor de Ségur fue canónigo de Saint-Denis y protonotario apostólico, así como uno de los clérigos más eminentes en Francia, y presidió la *l'Union des Oeuvres des cercles catholiques d'ouvriers*. Mantuvo correspondencia con el Conde de Chambord y fue, al igual que éste último, acérrimo enemigo de la Revolución y su caótico legado.

32. Cabe recordar que en los albores de la Restauración Borbónica, la descentralización había sido parte del proyecto de gobierno, en contraste con el absolutismo monárquico y la centralización revolucionaria.

33. KALE, *Op. cit.*, p. 147.

haustiva³⁴ no lo configuraban como en ciertas ocasiones mencionan ciertos autores, dentro de los «Partidos de la Derecha», sino como un partido político partidario de la descentralización, de la defensa del Catolicismo, monárquico y tradicional, cuya lucha se enfocaba no en cambios de forma sino en cambios de fondo, en la reconstrucción de una Francia cristiana y en el engrandecimiento de la Nación mediante la aceptación de los valores tradicionales del pasado. La actividad social del Legitimismo, cabe señalar, tampoco podría configurarlo en modo alguno dentro de los partidos de izquierda, claro está.

Asimismo, en la constante pugna entre el campo y la ciudad, en la cual el Legitimismo se erigió como paladín del campesinado, los legitimistas defendieron la defensa del latifundista como una figura paternalista frente a sus trabajadores, y del deber de éste frente a sus campesinos de preocuparse por su bienestar y formación cristiana. Resaltamos también la figura de los *orfanatos agrícolas* del marqués Amedée de Gouvello de Keriaval, en la cual huérfanos eran agrupados en aldeas infantiles donde se les impartía una educación técnico-agrícola por parte de expertos, y donde un capellán les inculcaba los valores cristianos tradicionales³⁵.

La Bretaña, el Mediodía, la Vendée, Normandía, el Delfinado, Aquitania, Nord, Morbihan, Mayenne, Aveyron, Massif Central, Loira Inferior, Maine-et-Loire, Haute-Garonne, las vertientes occidentales del Valle de Ródano, otras tantas regiones constituyeron los núcleos fuertes del electorado legitimista. Provenza, que hasta el año 1848 era Legitimista y en cuya población confió la duquesa de Berry para iniciar una rebelión contra la usurpación de los Orléans, terminó tristemente cediendo ante la democracia y la Izquierda Republicana en tiempos de la Segunda República, pese a que en Marsella, Aix, y otras ciudades se mantuvo la representatividad legitimista,

34. Pese a que Charles de Wendel, Benoist d'Azy y Roger de Larcy se encontraban entre los más pudientes industrialistas de la época así como adeptos del Legitimismo, acorde a KALE, *Op. cit.*, p. 25.

35. Jean-Jacques BOUCHER, *Histoire du Loir-et-Cher à travers son Conseil général, de 1790 à nos jours*, Editions Fernand Lanore, Paris, 1984, p. 119, nacido un 22 de septiembre de 1821, el bretón Amedée Charles Donatien de Gouvello fue licenciado en Derecho y agregado en la Embajada de Francia en Viena en el 1841 hasta 1848, fue elegido el 2 de julio de 1871 como diputado de Morbihan en la Asamblea Nacional, situado en el Partido Legitimista. Fue caballero de la Legión de Honor y fundador de los orfanatos de Nourray y Huisseau. El caso de Nourray, explicado en KALE, *Op. cit.*, pp. 252-253, permite conocer la estructura de una colonia agrícola, siendo en el presente caso una propiedad de cien hectáreas de tierra arable y diez hectáreas de pastizales, y conformada por 25 colonos de los hospicios de Vendôme y Blois. Los huérfanos, desde la infancia hasta los veinticinco años, eran instruidos en técnicas de cultivo y recibían regularmente instrucción religiosa por parte de tres hermanos de la Orden de la Santa Cruz de Mans. Desde la infancia se buscaba inculcar en los jóvenes valores que los mantuvieran ligados a la tierra, convertirlos en honestos campesinos y buenos padres, mientras que en el caso de las niñas, que desde los siete se encontraban bajo la custodia de monjas, trabajaban en la colonia agrícola hasta los diecinueve y en adelante eran ubicadas con propietarios que necesitaban servidumbre.

aunque el apoyo de la población rural se perdió definitivamente³⁶. Es dable enfatizar también la preferencia de los representantes legitimistas por el mundo agrícola, en donde incentivaban desde sus posesiones rurales la mejora de técnicas de producción, las cuales compartían con el campesinado y se esforzaban por sofisticar a niveles mayores.

Finalmente, respecto a la élite que habría de liderar la reconstrucción de la sociedad francesa a fines del siglo XIX, la nobleza de antes de 1789 quedaba en ciertos aspectos relegada frente a una nueva aristocracia basada en los méritos, que habría de conformar la élite legitimista que encabezaría el plan de recristianización y retorno de los valores tradicionales a Francia. Parte de la *ancienne noblesse* había cambiado de capa en favor de los Orléans, como es el caso de Albert de Broglie, el conde de Haussonville y el duque de Noailles, pero la crema y nata aún se mantenía en las filas legitimistas, como es el caso de los Gontaut-Biron, los Monnerayes, los Dampierre y La Rochefoucauld-Bissacia, así como la gran mayoría de la nobleza provincial y terrateniente³⁷.

Antoine Blanc de St. Bonnet, reconocido legitimista, acusaba que la aristocracia surgida de la Revolución buscaba crear gente «a su propia imagen», gente que terminaría devastando Europa a largo plazo dado el antagonismo entre clases provocado por el régimen burgués y el ánimo revolucionario en el pensamiento de las clases obreras³⁸. En contraste al modelo ya mencionado, el Conde de Chambord aspiraba a que todos los «hombres distinguidos» de la nación se unieran bajo su estandarte, sin distinción de clase, en ánimo de cooperación, como se lo hizo saber al orleanista duque Paul de Noailles³⁹ en 1848, señalando además:

36. KALE, *Op. cit.*, pp. 44-45. Para la rebelión de la duquesa de Berry y su posterior arresto, véase F.-R. CHATEAUBRIAND, *Mémoire sur la Captivité de Madame la Duchesse de Berry*, Le Normant, Paris, 1833.

37. Las familias nobles se encontraban divididas frente al Legitimismo y al Orleanismo, como fue el caso de los hijos de Dorotea de Curlandia, duquesa de Dino y Talleyrand, los cuales —sobrinos nietos del famoso Charles-Maurice de Talleyrand-Périgord— se encontraban en facciones opuestas: Louis, el mayor y duque de Valençay, era partidario de la Monarquía de Julio y se especulaba que su mujer —una Montmorency— fue amante del duque de Orléans, heredero de Luis Felipe; Alexandre, el menor, 3er. duque de Dino, era legitimista de corazón y dicha tendencia le valió un duelo con un oficial orleanista en la Marina, a la cual pertenecía, y de la cual se retiró pese a su excelente desempeño, al parecer producto de éste conflicto del cual no han quedado registros. Véase Françoise DE BERNARDY, *El Último Amor de Talleyrand (1793-1862)*, Ercilla, Santiago de Chile, 1958, pp. 163 y 170.

38. KALE, *Op. cit.*, p. 146.

39. Paul de Noailles (1802-1885), 6to. duque de Noailles y 3er. duque de Ayen, fue en 1824 heredero de su tío, el quinto duque de Noailles, suegro del marqués de Lafayette. Académico de renombre, fue amigo cercano de Chateaubriand y autor de una famosa biografía de *Madame de Maintenon* (1848-1858), siendo más tarde miembro de la Academia Francesa (1849). Véase Tyrtée TASTET, *Histoire des quarante fauteuils de l'académie française: depuis la fondation jusqu'a nos jours, 1635-1855*, Tome troisième, Comptoir des Imprimeurs-Unis, Paris, 1855, pp. 461-467.

«Entiendo como el tiempo y eventos han moldeado las condiciones de la sociedad contemporánea; reconozco la multitud de nuevos intereses que han sido creados en Francia y el rango social que es legítimamente adquirido mediante la inteligencia y la capacidad. Exento de todo prejuicio... trataré de juntar todo el talento y todas las fuerzas intelectuales de los franceses para cooperar en la prosperidad y en la gloria de Francia»⁴⁰.

Así pues, lejos de recurrir a la aristocracia del Antiguo Régimen, Enrique V buscó el surgimiento de una nueva aristocracia, conformada de talentos e inteligencia, que constituyera la élite del plan legitimista para Francia desde 1848. Por todo lo explicado anteriormente, es dable enfatizar que el Legitimismo no perseguía en absoluto un retorno al *Ancien Régime*, sino que mediante una nueva aristocracia buscaba reconquistar la estima, el poder, y la influencia necesarias para integrar moralmente a una sociedad destazada por el igualitarismo y el sufragio universal, como señalaba Ferdinand Béchard⁴¹.

3. Conclusiones

Como se presentó en la introducción del presente estudio, la *Leyenda Negra* que gira en torno al Conde de Chambord y el Legitimismo francés ha perdurado y se ha plasmado en textos de historia básicos como la *Gran Historia Universal Larousse*, publicada a fines de los 90s. Era por tanto necesario describir de una forma mucho más simplificada y concreta la verdadera esencia del pensamiento de Enrique V y del Legitimismo, pese a que es probable que nunca podamos comprender en su totalidad las ideas de aquel gran hombre que fue Chambord, cuya figura ha sido en muchas ocasiones ridiculizada u olvidada en los pasajes de la historia, y cuyo pensamiento requiere de una investigación mucho más profunda y concisa, que permita al historiador tener acceso a las fuentes en las cuales quedó plasmado el sentir y la mentalidad del último Borbón de Francia.

Asimismo, consideramos fundamental definir las máximas del pensamiento legitimista, y sobre todo, esclarecer el proyecto nacional que el Legitimismo ofreció a la sociedad francesa a fines del siglo XIX, en medio del desastre de Sedán, el caos de la Comuna, y el nacimiento endeble de la III República. Sin Chambord, el Partido Legitimista perdió a aquella figura que constituyó la unidad del movimiento desde su nacimiento hasta su triste ocaso⁴², que sin embargo no fue completo, teniendo en

40. DUBOSC DE PESQUIDOUX, *Op. cit.*, pp. 106-109.

41. Ferdinand BÉCHARD, *De l'administration intérieure de la France, Tome I: Organisation Communale et Cantonale*, D. Giraud et J. Dagneau Libraires-Éditeurs, París, 1851, pp. 89-91.

42. Martin SIMPSON, «The Death of Henri V: Legitimists without the Bourbons», en *French History*, vol. 15, n. 4 (2001), pp. 378-399, analiza a detalle la historia del Legitimismo tras la desaparición de

cuenta la labor divulgativa sobre el Legitimismo por parte de notables académicos franceses como Guy Augé y Stéphane Rials⁴³, y norteamericanos como Steven D. Kale, Robert R. Locke y David Higgs⁴⁴.

Finalmente, cabe concluir el presente estudio con la célebre frase de Enrique V, que decía «Mi persona es nada, mis principios lo son todo». Lejos de cualquier arrogancia y cualquier capricho material, el Conde de Chambord rehusó el ofrecimiento de la Corona en aras de mantener incólume el *derecho monárquico* y los principios que defendía, así como su proyecto de reconstrucción cristiana y tradicional de Francia de la hecatombe heredada de la Revolución.

No podemos sino resaltar que —por todo lo ya expuesto— los legitimistas no eran *absolutistas*, sino tradicionalistas que buscaban el retorno al orden y a la prosperidad de antaño defendiendo los valores tradicionales inculcados por la Iglesia, la descentralización y autonomías locales, la solidaridad cristiana y el surgimiento de una nueva aristocracia que, a diferencia de aquella anterior a 1789, se mostrara mucho más responsable frente a la población y recuperara la estima e influencia en la sociedad francesa, que les permitiría concretizar el proyecto nacional legitimista y devolverle a Francia la grandeza y esplendor que otrora la llevaron a la gloria.

Chambord y el complejo tema de la sucesión, que recayó para unos en el conde de París, a quien sus partidarios proclamaron como «Felipe VII», y para los Blancs d'Espagne, en D. Carlos VII, duque de Madrid y de la rama borbónica española, a la cual los orleanistas pretendían excluir basándose en lo estipulado en el Tratado de Utrecht (1713).

43. Autor del libro *Le légitimisme*, Presses Universitaires de France, París, 1983.

44. Autor del libro *Ultraroyalism in Toulouse: From its origins to the revolution of 1830*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1972.

APÉNDICE

*Manifiesto de la Bandera Blanca**

«Franceses: –Estoy entre vosotros.

»Me habeis abierto las puertas de Francia, y no he podido renunciar á la dicha de volver á ver mi patria.

»Pero no quiero dar con una larga estancia nuevos pretextos á la agitación de los espíritus, tan turbados en estos momentos.

»Dejo, pues, á Chambord, que me regalásteis y cuyo nombre he llevado con orgullo durante 40 años de destierro.

»Al alejarme deseo deciros que no me separo de vosotros; la Francia sabe que le pertenezco.

»No puedo olvidar que el derecho monárquico es patrimonio de la nación, ni declinar los deberes que él me impone hácia ella.

»Estos deberes los llenaré, creed mi palabra de hombre honrado y de rey.

»Dios mediante, fundaremos juntos y cuando lo querrais así, sobre las anchas bases de la descentralización administrativa, un gobierno conforme a las necesidades del país.

»Daremos por garantías á estas libertades públicas, á las cuales tiene derecho todo pueblo cristiano, el sufragio universal honradamente practicado, y la intervención de las dos Cámaras; y continuaremos, restituyéndole su verdadero carácter, el movimiento nacional de fines del siglo último.

»Una minoría, sublevada contra los votos del país, hizo de aquel movimiento el punto de partida de un periodo de desmoralización por la mentira, y de desorganización por la violencia. Sus criminales atentados han impuesto la revolución á la nación que sólo pedía reformas, y la han empujado hácia el abismo, donde habria perecido ayer, sin el heroico esfuerzo de nuestro ejército.

»Soy y quiero ser de mi tiempo: rindo sincero homenaje á todas las grandezas; y sea cual fuere el color de la bandera bajo la cual marchaban nuestros soldados, he admirado su heroismo y dado gracias á Dios de todo; por su bravura ha enriquecido el tesoro de las glorias francesas.

* Publicado en *La Ilustración Española y Americana*, año XV, n. 20, Madrid, 15 de julio de 1871.

»No, no dejaré, porque la ignorancia ó la credulidad hayan hablado de privilegios, de absolutismo ó de intolerancia, y ¿qué sé yo que más? de diezmos, de derechos feudales, fantasmas, que la más audaz mala fe ensaya resucitar a nuestros ojos, no dejaré digo, arrancar de mis manos el estandarte de Enrique IV, de Francisco I y Juana de Arco.

»Con él se ha hecho la unidad nacional, á su sombra han conquistado nuestros padres, conducidos por los míos, esa Alsacia y esa Lorena, cuya fidelidad es el mundo de nuestros reveses.

»Con él fué vencida la barbárie en la tierra de Africa, testigo de los primeros hechos de armas de los príncipes de mi familia: él es quien vencerá la nueva barbárie que amenaza al mundo.

»Lo confían sin temor al valor de nuestro ejército; él sabe que nunca siguió otro camino sino el del honor.

»Lo recibí como un depósito sagrado del anciano rey, mi abuelo, que murió en el destierro; siempre fue para mí inseparable del recuerdo de la patria ausente; flotó sobre mi cuna y quiero que dé sombra á mi sepultura.

»En los pliegues gloriosos de este estandarte sin mancha os traeré el orden y la libertad.

»¡Franceses!

»Enrique V no puede abandonar la bandera blanca de Enrique IV. —ENRIQUE.

»Chambord, 5 de Julio de 1871»